



Ponencia

Eucaristía y Caridad

M.I. Sr. D. José Diéguez Dieppa

El mandato de la Eucaristía y de la caridad:

una Diócesis que celebra la Eucaristía y vive la caridad

INTRODUCCIÓN

Cuando el Concilio Vaticano II proclama que la Eucaristía es la fuente y el culmen de la vida de la Iglesia (LG 11), está proclamando que la vida de la Iglesia es una Eucaristía y que no hay más Eucaristía que la de Cristo Señor. En la PO 5 el mismo concilio afirma que “la sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua”.

Por lo tanto, la Eucaristía no se trata de una cosa sino de la persona de Cristo y del misterio de salvación que se realiza en Él: “cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió a su Hijo, el Verbo hecho carne... en Cristo se realizó plenamente nuestra reconciliación y se nos dio la plenitud del culto divino. Esta obra de la redención humana y de la perfecta glorificación de Dios... Cristo el Señor la realizó principalmente por el misterio pascual” (SC 5).

De este misterio pascual nace la Iglesia, “pues del costado de Cristo dormido en la cruz nació el sacramento admirable de la Iglesia entera” (SC 5). Ella recibe de su Señor, el mandato de predicar el Evangelio y de realizar la obra de la salvación. Desde este primer momento la Iglesia nunca ha dejado de reunirse para celebrar el misterio pascual: “leyendo cuanto a él se refiere en toda la Escritura (Lc 24,27), celebrando la Eucaristía, en la cual se hacen de nuevo presentes la victoria y el triunfo de su muerte, y dando gracias al mismo tiempo a Dios por el don inefable (2Cor 9,15) en Cristo Jesús, para alabar su gloria (Ef 1,12) por la fuerza del Espíritu Santo” (SC 6).

Por ello, afirmaba san Juan Pablo II en *Ecclesia de Eucharistia*, “la Eucaristía, que es el sacramento por excelencia del misterio pascual, está en el centro de la vida eclesial (3). Cristo está presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica, en donde se actualizan los misterios de la Historia de la Salvación llevándola adelante en nuestros tiempos y en cada uno de nosotros: “Realmente, en esta obra tan grande, por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por Él tributa culto al Padre Eterno... En consecuencia, toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia” (SC 7).

Estas palabras las podemos decir con toda propiedad sobre la celebración eucarística, que siempre es acción de Cristo y de toda la Iglesia. La Historia de la Salvación no ha terminado, se prolongará hasta que exista un solo hombre en la tierra. Y el centro de esa Historia de Salvación permanece inalterable y siempre operante: Cristo y su misterio pascual. Ante este misterio de salvación, que es la caridad de Dios para con nosotros, cada uno es llamado a responder con su fe: *Mysterium fidei*.

Se trata pues, de realizar bien el mandato del Señor. Él mismo dispone que celebremos la Eucaristía en conmemoración suya: “Nuestro Salvador, en la última Cena, la noche en que fue entregado, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y su sangre para perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y confiar así

a su Esposa amada, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección, sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de amor, banquete pascual en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria futura” (SC 47).

Benedicto XVI en la *Deus caritas est*, sintetiza perfectamente lo que supone celebrar la cena del Señor: “La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No recibimos solamente de modo pasivo el *Logos* encarnado, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega” (13). De esta manera se comprende perfectamente que la Eucaristía es misterio de unidad y caridad; prosigue el mismo Papa: “ la mística del Sacramento tiene un carácter social, porque en la comunión sacramental yo quedo unido al señor como todos los demás que comulgan: *El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan*, dice san Pablo (1Cor 10,17). La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán” (14).

Que nuestra Diócesis quiera reflexionar sobre la Eucaristía y estas jornadas de programación pastoral se centren en este sacramento es muy importante, pues, como estamos viendo, afecta al mismo ser y naturaleza de nuestra comunidad eclesial. No podemos ser Iglesia al margen de la Eucaristía.

¿Cómo podemos mejorar nuestras celebraciones y conectarlas con la vida de cada uno de nosotros? ¿Cómo hacer que crezca nuestro compromiso hacia los demás y nos urja cada vez más la caridad de Cristo? ¿Cómo hacer nuestra Caritas Diocesana más efectiva y madura eclesialmente?

Esta intervención buscará aportar criterios teológicos y pastorales que motiven nuestra reflexión.

I – EL TESTIMONIO DE SAN PABLO, 1COR 11, 17-33

La Eucaristía es para la comunidad cristiana un “problema” que hay que resolver. Decimos problema en el sentido de “cuestión que hay que resolver”, ¿cómo reproducir la Cena del Señor para que sea conmemoración suya? ¿Qué tiene que hacer la Iglesia para que su Señor se haga presente y actualice toda la fuerza de su misterio pascual?

Sin querer adentrarnos en la cuestión bíblica sobre los textos de los relatos de la cena del Señor, tomamos como referencia el de Pablo en su primera carta a los Corintios (11, 17-33). El contexto se centra en la tensión entre los grecocristianos y los judeocristianos¹. Como quiera que sea, la oportunidad la aprovecha el Apóstol para recordar la cena del Señor como arquetipo que da sentido a la comida ritual cristiana.

Comienza recordando la tradición recibida que viene del Señor Jesús (1Cor 11, 20) y que tiene su antecedente en una cena ritual judía que ahora aparece con una “naturaleza” cristiana. La diferencia con las comidas rituales no judías radica en que Pablo relaciona la presencia del Señor resucitado con su muerte en la cruz. En su carta a los Romanos (6,4), Pablo afirma: *Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva.*

También ahora, para referirse a la Eucaristía utiliza el mismo criterio de veracidad: la cruz es la mitad de la verdad tanto para el bautismo como para la eucaristía. Solo se puede hacer anámnesis de Cristo resucitado desde su crucifixión. O sea, para Pablo el memorial de la cruz de Cristo es lo que garantiza la auténtica comprensión de su presencia de resucitado: el Señor resucitado sigue cenando con sus discípulos, hablándoles y partiendo el pan. “El vínculo tangible con el resucitado pasa por una continuada anámnesis de su crucifixión”. Pero esta anámnesis no está tan en relación con el duelo por la muerte del Crucificado sino por la verdad de su resurrección y de su vida presente: es el *Kyrios*, el Señor.

Este texto de Pablo pone en evidencia que celebrar con veracidad la eucaristía exige unas determinadas condiciones, pues, aunque la comunidad se reúna esto no es base suficiente para celebrar la Cena del Señor: *Así, cuando os reunís en comunidad, eso no es comer la Cena del Señor (21).*

¹ Cuestión del lugar dónde se debe de celebrar la Eucaristía y cómo participar en ella: la casa de un grecocristiano o de un judeocristiano; la carne que se come en ella. Si la reunión es en un “restaurante” cultural, la confusión que se podía producir sobre la identidad de con quién se entraba en comunión.

Queda claro que para Pablo la condición más importante y necesaria para celebrar la Eucaristía es la unidad y al mismo tiempo la celebración de la Eucaristía es la expresión más profunda de la unidad de la Iglesia.

La Eucaristía manifiesta y realiza todo el ser de la Iglesia. Por eso Pablo pone de relieve que la Eucaristía es:

1º Anámnesis de la muerte de Cristo; no un mero recuerdo subjetivo o emocional, sino una actualización de este suceso que se dio en el pasado, pero cuya eficacia y presencia llega a nuestro presente.

2º Acontecimiento actual que sigue operando la Historia de la Salvación. Quién celebra la Eucaristía no puede verse ni situarse al margen de la Cruz de Cristo. Celebrar es sentirse “envuelto” en el misterio de la entrega de Cristo hasta la muerte y muerte de Cruz.

3º Realiza el “nuevo orden”. Lo viejo ha pasado, se realiza la Nueva Alianza, nace una comunidad nueva que queda inseparablemente unida a la teología de la Cruz de Cristo.

4º Une a Cristo. No es un mero signo, sino que es un signo eficaz, realiza lo que significa y lo causa. No es un acto mágico, sino una acción salvadora de Cristo que pide la respuesta de fe de los miembros de la Iglesia.

5º Une a todos los cristianos. Los que comen de un mismo pan forman un mismo cuerpo y son uno en Cristo; esta es una de las consecuencias de la celebración eucarística: construye la unidad de la Iglesia. Esta unidad es total, abarca a toda la vida de los miembros de la comunidad.

6º Testimonia la esperanza de la venida del Señor. Ven, Señor Jesús. No es sólo una antífona del adviento sino es la súplica confiada y llena de deseo de la Iglesia que aspira a poseer todo lo que ahora disfruta sacramentalmente y va construyendo con su vida de fe, guiada por la acción del Espíritu Santo.

Reasumiendo: lo que motiva la intervención del Apóstol es la celebración indigna de la Cena del Señor por parte de la asamblea. Es la situación negativa en que se encuentra la realización de esta celebración. La intervención del Pablo nos permite descubrir lo que él aporta como genuino de la Cena del Señor, en otras palabras, en qué consiste su mandamiento. Pablo insiste en que la cena del Señor es hacer aquello que Él hizo y que dispuso repetir a sus discípulos y que él aclara haber ya transmitido a la comunidad de Corinto como tradición litúrgica del Señor. Pablo quiere fijar el modo y el contenido de la celebración de la Cena del Señor; para el Apóstol se cumple el mandamiento del Señor cuando los fieles se juntan en unidad para una cena, en la cual comiendo el pan-cuerpo de Cristo y bebiendo el cáliz de su sangre, se hace memoria de Él y así se proclama e acontecimiento de su muerte hasta su venida.

Pablo nos da en este relato la fórmula litúrgica según la cual se debe cumplir el mandato de Jesús, según la tradición recibida del mismo Señor. Todo esto indica que el acontecimiento histórico de la Cena ha alcanzado ya una dimensión celebrativa, de esta manera la celebración de la Cena es la nueva liturgia de la Iglesia desde la época apostólica.

II – LA CELEBRACIÓN DE LA IGLESIA.

Desde los orígenes, la Iglesia ha cuidado con extremo celo la celebración de la Eucaristía. En la SC 48, en concreto proclama la necesidad de una participación auténtica por parte de todos los fieles: “Por tanto, la Iglesia, con solícito cuidado, procura que los cristianos no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que, comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones, participen consciente, piadosa y activamente en la acción

sagrada, sean instruidos con la Palabra de Dios, se fortalezcan en la mesa del Señor, den gracias a Dios, aprendan a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la hostia inmaculada no sólo por manos del sacerdote, sino juntamente con él; se perfeccionen día a día por Cristo Mediador en la unión con Dios y entre sí, para que, finalmente, Dios sea todo en todos”.

2.1 Punto de partida para una buena celebración

“¿Cómo puede avanzar la Diócesis en la vivencia de la celebración eucarística?” Esta pregunta del Obispo en su carta pastoral nos invita a recordar el magisterio de Benedicto XVI en *Sacramentum Caritatis*².

En la segunda parte de esta Exhortación apostólica postsinodal se trata de la “Eucaristía, misterio que se ha de celebrar”, en ella el Papa afirma en primer lugar que la celebración es obra del “Christus totus” y recuerda la doctrina de San Agustín: el cristiano que celebra la eucaristía y participa plenamente en ella se convierte en Cristo: “Este pan que vosotros veis sobre el altar, santificado por la palabra de Dios, es el cuerpo de Cristo. Este cáliz, mejor dicho, lo que contiene el cáliz, santificado por la palabra de Dios, es sangre de Cristo. Por medio de estas cosas quiso el señor dejarnos su cuerpo y su sangre, que derramó para la remisión de nuestros pecados. Si lo habéis recibido dignamente, vosotros sois eso mismo que habéis recibido” (SCa 36).

Enseguida recuerda que la participación plena, activa y fructuosa de todos los fieles en la celebración depende en gran medida del llamado *Ars celebrandi*, que él define como el arte de celebrar rectamente y que “proviene de la obediencia fiel a las normas litúrgicas en su plenitud, pues es precisamente este modo de celebrar lo que asegura desde hace dos mil años la vida de fe de todos los creyentes, los cuales están llamados a vivir la celebración como Pueblo de Dios, sacerdocio real, nación santa” (SCa 38). Recuerda aquí Benedicto XVI la doctrina expresada por *Sacrosanctum Concilium* en los números 10 y 11. Y desarrolla los elementos básicos del *Ars Celebrandi*: El Obispo, liturgo por excelencia; respeto de los libros litúrgicos y de ella riqueza de los signos; el arte al servicio de la celebración, el canto litúrgico.

2.2 Liturgia de la Palabra

Después de esto presenta la estructura de la celebración eucarística como una unidad intrínseca entre la llamada liturgia de la Palabra y liturgia Eucarística. Esta exhortación intenta llamar la atención sobre algunas partes de esta estructura e invitar a su cuidado. Quisiera fijarme y detenerme en la estructura de la Liturgia de la Palabra, pues es necesario comprender su naturaleza y valor en la celebración de la Eucaristía, pues solo desee la Palabra de Dios podemos celebrar correctamente la Eucaristía y así cumplir el mandato del Señor a su Iglesia.

Partimos de los caracteres que esta proclamación tiene.

1º Carácter eclesiológico: la Palabra de Dios convoca a la Iglesia.

La comunidad celebrante³ se reúne porque se siente convocada por Dios que pronuncia su Palabra y nos une a través de ella. Esta Palabra es la que nos constituye en asamblea, reunión, iglesia (permítasenos decir “convocación”). Es la Buena Noticia de Dios la que nos fundamenta y constituye. Por ello la lectura bíblica se sitúa al

² Benedicto XVI trata en la segunda parte sobre la celebración de la Eucaristía y después de dos números de introducción (34-35: *Lex orandi y lex credendi* y Belleza y liturgia) la desarrolla en los siguientes puntos: La celebración eucarística obra del Christus Totus; Ars Celebrandi; Estructura de la celebración eucarística; Actuosa participatio; La celebración participada interiormente; Adoración y piedad eucarística.

³ Recordamos la doctrina del CCE sobre el sujeto de la celebración: ¿Quién celebra? n.n. 1136-1144

comienzo de la celebración. Esta estructura manifiesta con toda claridad que la celebración cristiana está basada en el Evangelio que es anuncio de la Buena Nueva que se realiza en Cristo Mesías., culminación de toda palabra y revelación divinas. Y a este Evangelio que se nos anuncia hemos de responder con nuestra fe. De esta manera queda alejada de la celebración cristiana toda desviación alienante o espiritualismo falso, toda posible tentación de magicismo o superstición, toda actitud contraria al Espíritu de Cristo, reactualizándose, así, el misterio de la conversión.

Es en la Liturgia en donde Benedicto XVI sitúa *el ámbito privilegiado en el que Dios nos habla en nuestra vida... Todo acto litúrgico está por su naturaleza empapado en la Sagrada Escritura (VDo 52).*

Y la liturgia es de la Iglesia, es eclesial, y realiza a la misma Iglesia según el querer de su Señor. Por eso destacamos en primer lugar su carácter eclesiológico, pues es la Iglesia quien en primer lugar **escucha**, custodia y quien trasmite la Palabra de Dios siguiendo un ritmo determinado: el Año Litúrgico.

La Esposa de Cristo, maestra también hoy en la escucha, repite con fe: «Habla, Señor, que tu Iglesia te escucha» (VDo 51)

Para comprenderla bien, la Palabra de Dios ha de ser escuchada y acogida con espíritu eclesial y siendo conscientes de su unidad con el Sacramento eucarístico... (S Ca 45)

El Señor pronuncia su Palabra para que la reciban aquellos que han sido creados precisamente «por medio» del Verbo mismo (VDO 50)

En efecto, la Iglesia siempre ha sido consciente de que, en el acto litúrgico, la Palabra de Dios va acompañada por la íntima acción del Espíritu Santo, que la hace operante en el corazón de los fieles... (VDo 52)

La misma interpretación de la Palabra no se puede hacer al margen de la liturgia de la Iglesia, para que sea verdaderamente palabra viva y palabra de vida para los fieles:

En cierto sentido la hermenéutica de la fe respecto a la Sagrada Escritura debe tener siempre como punto de referencia la liturgia, en la que se celebra la Palabra de Dios como palabra actual y viva: «En la liturgia, la Iglesia sigue fielmente el mismo sistema que usó Cristo con la lectura e interpretación de las Sagradas Escrituras, puesto que Él exhorta a profundizar el conjunto de las Escrituras partiendo del “hoy” de su acontecimiento personal» (VDo 52)⁴

2º Carácter cristológico: es el mismo Cristo quien se hace presente.

Al motivo eclesiológico (la comunidad convocada) se une el importantísimo acontecimiento cristológico: *Cristo glorificado, desde la Iglesia de los apóstoles, está presente en la Liturgia terrena que participa de la Liturgia celestial*⁵. El mismo Señor, no sólo está donde dos o más se reúnen en su nombre, sino en la proclamación de su palabra: *Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla (SC 7). En la Liturgia Dios habla a su pueblo; Cristo sigue anunciando el Evangelio (SC 33).*

En la celebración litúrgica, la palabra de Dios no se pronuncia de una sola manera, ni repercute siempre con la misma eficacia en los corazones de los que la escuchan, pero siempre Cristo está presente en su palabra y, realizando el misterio de salvación, santifica a los hombres y tributa al Padre el culto perfecto.

⁴ Cf. OLM 3; Lc 4, 16-21; 24, 25-35.44-49.

⁵ Cf. CCE, n.n. 1084-1090

Más aún, la economía de la salvación, que la palabra de Dios no cesa de recordar y de **prolongar**, alcanza su más pleno significado en la acción litúrgica, de modo que la celebración litúrgica se convierte en una continua, plena y eficaz exposición de esta palabra de Dios.

Así, la palabra de Dios, expuesta continuamente en la liturgia, es siempre viva y eficaz por el poder del Espíritu Santo, y manifiesta el amor operante del Padre, amor indeficiente en su eficacia para con los hombres⁶.

Benedicto XVI para presentar este tema recurre al prólogo del cuarto evangelio:

Cuando el hombre, aunque sea frágil y pecador, sale sinceramente al encuentro de Cristo, comienza una transformación radical: «A cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios» (Jn 1,12). Recibir al Verbo quiere decir dejarse plasmar por Él hasta el punto de llegar a ser, por el poder del Espíritu Santo, configurados con Cristo, con el «Hijo único del Padre» (Jn 1,14) (VDo 50)

La Iglesia y cada uno de sus miembros ha de ser consciente de su origen en Cristo, y de la necesidad de acogerlo, en esto radica el ser de la Iglesia y su futuro:

Vemos aquí perfilarse el rostro de la Iglesia, como realidad definida por la acogida del Verbo de Dios que, haciéndose carne, ha venido a poner su morada entre nosotros (cf Jn 1,14). Esta morada de Dios entre los hombres, esta Sekina (cf Ex 26,1), prefigurada en el Antiguo Testamento, se cumple ahora en la presencia definitiva de Dios entre los hombres en Cristo. (VDo 50).

Cristo y su presencia son vitales a la Iglesia. Ya san Juan Pablo II lo había afirmado en la *Veritatis Splendor* y Benedicto XVI recoge literalmente el pensamiento del gran Pontífice:

La contemporaneidad de Cristo respecto al hombre de cada época se realiza en el cuerpo vivo de la Iglesia. Por esto Dios prometió a sus discípulos el Espíritu Santo, que les “recordaría” y les haría comprender sus mandamientos (cf Jn 14,26) y, al mismo tiempo, sería el principio fontal de una vida nueva para el mundo (cf Jn 3,5-8; Rom 8,1-13) (VDo 51)

La Palabra que anunciamos y escuchamos es el Verbo hecho carne (cf Jn 1,14), y hace referencia intrínseca a la persona de Cristo y a su permanencia de manera sacramental. Cristo no habla en el pasado, sino en nuestro presente, ya que Él mismo está presente en la acción litúrgica (SCa 45).

3º Carácter eficaz: esta Palabra pide una aceptación y respuesta.

Esta palabra que convoca a la Iglesia y en la que Cristo está presente es, pues, no puede ser de otra manera, una palabra eficaz, por eso pide o exige la respuesta de fe del creyente. De la misma manera que la palabra eficaz de Dios a lo largo de la historia, que la palabra de Cristo pedía una aceptación y una respuesta⁷, así es ahora la palabra proclamada.

La Iglesia, en la acción litúrgica, responde fielmente el mismo «Amén» que Cristo, mediador entre Dios y los hombres, con la efusión de su sangre, pronunció de una vez para siempre, para sancionar en el Espíritu Santo, por voluntad divina, la Nueva Alianza.

⁶ OLM, n. 4

⁷ En la Sagrada Escritura encontramos reacciones diversas y respuestas varias ante el mismo acontecimiento de la vida del Señor.

Cuando Dios comunica su palabra, espera siempre una respuesta, respuesta que es audición y adoración «en Espíritu y verdad». El Espíritu Santo, en efecto, es quien da eficacia a esta respuesta, para que se traduzca en la vida lo que se escucha en la acción litúrgica, según aquella frase de la Escritura: «Llevad a la práctica la palabra y no os limitéis a escucharla.»

*Las actitudes corporales, los gestos y palabras con que se expresa la acción litúrgica y se manifiesta la participación de los fieles reciben su significado no sólo de la experiencia humana, de donde son tomados, sino de la palabra de Dios y de la economía de la salvación, a la que hacen referencia, por lo cual tanto más participan los fieles en la acción litúrgica cuanto más se **esfuerzan**, al escuchar la palabra de Dios en ella proclamada, por **adherirse** íntimamente a la Palabra de Dios en persona, Cristo encarnado, de modo que aquello que celebran en la liturgia procuren reflejarlo en su vida y costumbres, y, a la inversa, miren de reflejar en la liturgia los actos de su vida⁸.*

Ya hemos dicho que la proclamación de la Palabra de Dios en la liturgia va unida a la acción del Espíritu que es quien la hace operante en el corazón de los fieles. Es más para poder celebrar bien es necesario entender la relación que existe entre la Palabra de Dios y la acción sacramental. El acto de fe que surge de la aceptación de la Palabra hace vivir plenamente la ritualidad sacramental. Es necesario recuperar el valor y la relación entre palabra y rito, entre Sagrada Escritura y Sacramentos. Y esta acción es una tarea prioritaria de la Iglesia y de la pastoral litúrgica.

El Sínodo de los Obispos, afrontando el tema del valor de la liturgia para la comprensión de la Palabra de Dios, ha querido también subrayar la relación entre la Sagrada Escritura y la acción sacramental. Es más conveniente que nunca profundizar en la relación entre Palabra y Sacramento, tanto en la acción pastoral de la Iglesia como en la investigación teológica. Ciertamente «la liturgia de la Palabra es un elemento decisivo en la celebración de cada sacramento de la Iglesia»; sin embargo en la práctica pastoral, los fieles no siempre son conscientes de esta unión, ni captan la unidad entre el gesto y la palabra (VDo 53)

4º Es una palabra diferenciada y ordenada: la Iglesia ha dotado de una estructura concreta la proclamación de la Palabra en la Liturgia.

Con el pasar del tiempo la Iglesia ha ido elaborando la estructura de la Liturgia de la Palabra⁹ en las diversas celebraciones, tratando de llegar a un orden armónico y significativo. Varios son los testimonios de la historia, baste un leve referencia. En el siglo III ya tenemos una estructura prácticamente exacta a la actual. En la *Didascalía* encontramos el siguiente testimonio:

Y estando de pie el lector, en el medio, en un sitio elevado, lea los libros de Moisés y de Josué, hijo de Navé, el de los Jueces y de los Reyes y Paralipómenos y los del retorno (cautiverio) además de los de Job, Salomón, y los dieciséis profetas. Acabadas las lecturas hechas entre dos, otro cante los himnos de David. Luego léanse nuestros Hechos, las cartas de Pablo... y después el diácono o presbítero lea el evangelio (Constituciones Apostólicas II, ed. Funk, 161)

Otros documentos van en la misma línea. En todos ellos se destaca un hilo conductor: las lecturas desembocan en la presentación revelación del misterio de Cristo¹⁰. La Iglesia a la estructura y orden de las lecturas ha dado un sentido místico teológico comparándolo a un movimiento revelador (epifánico): de la sombra vamos pasando a la imagen, y de la imagen llegamos a la presencia.

⁸ OLM, n. 6

⁹ Cf. IGMR n. 55

¹⁰ Es el sentido tipológico de la Biblia, su aristotelismo. A esta concepción contribuye el mismo Señor: *A esto me refería cuando estando aún entre vosotros os dije que todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los profetas y en los salmos acerca de mí había de cumplirse (Lc 24, 44-45)*. Con anterioridad a este pasaje tenemos el de los discípulos de Emaús (Lc 24, 25-27). También podemos tener en cuenta el pasaje de 1Pe 1, 11-12.

Nuestras etapas actuales son cuatro¹¹:

- a) lecturas del Antiguo Testamento: los profetas y otros libros (fuera del tiempo pascual)
- b) el salmo
- c) lectura de un texto del Nuevo Testamento no evangélico
- d) lectura del evangelio con su aclamación preparatoria

A estas lecturas hemos de añadir la homilía, la proclamación de la fe y la oración de los fieles. También el OLM introduce el silencio como parte integrante de la celebración¹².

En la Liturgia de la Palabra nos encontramos con tres elementos decisivos:

- Dios que habla a su pueblo (lecturas);
- en un aquí y ahora (homilía);
- el pueblo que escucha (silencio) y responde (canto del salmo, profesión de fe y oración universal),

Esta distribución pone de manifiesto el esquema teológico de la Historia de la Salvación, el modo en el que Dios ha realizado su obra salvadora: la iniciativa está en Dios, él nos dirige libremente su Palabra. *Esta suscita en nosotros la acogida de la fe y nos mueve a dirigirnos a él con nuestra oración. Y tanto la Palabra de Dios a nosotros (Palabra descendente) como la nuestra a Dios (palabra ascendente) tienen su punto de referencia en nuestro único y sumo Mediador, Cristo Jesús, y movidos por el Espíritu*¹³.

La proclamación de la Palabra de Dios se hace según un ritmo: el Año litúrgico cuyo centro es el misterio pascual de Cristo. Todo ha de tener como vértice y eje este centro:

En el centro de todo resplandece el misterio pascual, al que se refieren todos los misterios de Cristo y de la historia de la salvación, que se actualizan sacramentalmente (VDo 52)

Tanto en SCa como en VDo Benedicto XVI destaca la importancia del Leccionario emanado de la reforma litúrgica del Vaticano II¹⁴. Reconoce algunas dificultades pero lo propone como un instrumento válido que *ha mostrado sus frutos enriqueciendo el acceso a la Sagrada Escritura*, que con respecto al anterior la ofrece más abundantemente.

Ha de proclamarse de forma solemne, lo exterior ha de ser signo del valor de esta Palabra: canto, incienso luces... (VDo 67). Por la importancia de la proclamación de la Palabra de Dios recuerda la necesidad de preparar bien a aquellos que ejercen este ministerio: los lectores¹⁵.

En SCa n. 45 presenta varias iniciativas pastorales para alimentar más abundantemente a los fieles con la Palabra de Dios: celebraciones de la Palabra, lectio divina, Liturgia de las Horas, rezo de los salmos... En VDo vuelve a sugerir propuestas concretas en este sentido: Liturgia de las Horas (62), celebraciones de la Palabra (65)...

¹¹ Nos fijamos en la estructura dominical.

¹² OLM, n. 28

¹³ J. Aldazábal, "Palabra de Dios" en Diccionario del Agente de Pastoral Litúrgica, Pág. 449

¹⁴ SCa 45; VDo 57

¹⁵ VDo 58

Destaca la importancia que da a la homilía: SCa 46 y en VDo 59 y en el 60 habla de un posible directorio

La homilía constituye una actualización del mensaje bíblico, de modo que se lleve a los fieles a descubrir la presencia y la eficacia de la Palabra de Dios en el hoy de la propia vida (VDo 59)

La homilía ha de ser concreta y centrada en Cristo, bien preparada no solo con el conocimiento sino también con la meditación y la oración; el papa recoge las preguntas de la proposición sinodal: «¿Qué dicen las lecturas proclamadas? ¿Qué me dicen a mí personalmente? ¿Qué debo decir a la comunidad, teniendo en cuenta su situación concreta?» (VDo 59)

Francisco en *Evangelii Gaudium*, desde el punto de vista litúrgico solo trata la homilía, lo hace a partir del número 135. Él mismo dice que es su objetivo particular centrarse en este tema que califica de importante. Se fija en ella en sí misma y en su preparación (EG 135) y reconoce el valor que tiene y que le dan los mismos fieles.

Reconoce el contexto litúrgico de la homilía y en especial el de la Eucaristía, para recordando la doctrina de San Juan Pablo II¹⁶, describir la homilía como un *retomar ese diálogo que ya está entablado entre el Señor y su pueblo. El que predica debe reconocer el corazón de su comunidad para buscar dónde está vivo y ardiente el deseo de Dios, y también dónde ese diálogo, que era amoroso, fue sofocado o no pudo dar fruto (EG 137).*

Desde el punto de vista litúrgico el número 138 es muy rico: *La homilía no puede ser un espectáculo entretenido, no responde a la lógica de los recursos mediáticos, pero debe darle el fervor y el sentido a la celebración. Es un género peculiar, ya que se trata de una predicación dentro del marco de una celebración litúrgica; por consiguiente, debe ser breve y evitar parecerse a una charla o una clase. El predicador puede ser capaz de mantener el interés de la gente durante una hora, pero así su palabra se vuelve más importante que la celebración de la fe. Si la homilía se prolongara demasiado, afectaría dos características de la celebración litúrgica: la armonía entre sus partes y el ritmo. Cuando la predicación se realiza dentro del contexto de la liturgia, se incorpora como parte de la ofrenda que se entrega al Padre y como mediación de la gracia que Cristo derrama en la celebración. Este mismo contexto exige que la predicación oriente a la asamblea, y también al predicador, a una comunión con Cristo en la Eucaristía que transforme la vida. Esto reclama que la palabra del predicador no ocupe un lugar excesivo, de manera que el Señor brille más que el ministro.*

Y en el número 139 introduce la característica que él llama *la conversación de la madre: El espíritu de amor que reina en una familia guía tanto a la madre como al hijo en sus diálogos, donde se enseña y aprende, se corrige y se valora lo bueno; así también ocurre en la homilía. El Espíritu, que inspiró los Evangelios y que actúa en el Pueblo de Dios, inspira también cómo hay que escuchar la fe del pueblo y cómo hay que predicar en cada Eucaristía.*

Citamos también el Directorio homilético que en sus números 9 y 10 responde a la pregunta qué es la homilía, con la OGM (65) y el OLM (24)

Finalmente consideramos un elemento muy importante en la proclamación de la Palabra el silencio que la acoge:

Este valor ha de resplandecer particularmente en la Liturgia de la Palabra, que «se debe celebrar de tal manera que favorezca la meditación». Cuando el silencio está previsto, debe considerarse «como parte de la celebración». Por tanto, exhorto a los pastores a fomentar los momentos de recogimiento, por medio de los cuales, con la ayuda del Espíritu Santo, la Palabra de Dios se acoge en el corazón (VDo 66)

¹⁶ Dies Domini, 41

5º Una Palabra celebrada y proclamada.

Ya podemos decir que la proclamación de la Palabra de Dios, no es un mero requisito para la celebración¹⁷, sino que forma parte de la misma y además contribuye decisivamente a crear el aspecto festivo de la celebración.

Es una liturgia y por ello hemos de tener en cuenta.

- 1º lo que la palabra nos proclama es un acontecimiento y una realidad actual, no es un mero recuerdo o exposición de ideas:

La Palabra de Dios es un acontecimiento nuevo cada vez que se proclama, sobre todo en la celebración de la comunidad. La Palabra pasa del libro a la celebración viva. Como dijo Orígenes, en la celebración «la Escritura se hace Palabra», el libro sagrado se convierte en Palabra viviente de un Dios viviente que se dirige hoy y aquí a su pueblo¹⁸

- 2º la proclamación de la palabra significa que a causa de ella y por medio de ella nos admiramos, asombramos, contemplamos, gozamos, alabamos, damos gracias, o sea, festejamos desde la fe: CELEBRAMOS¹⁹
- 3º a esta proclamación de la palabra, nosotros asistimos incorporando nuestra corporeidad, todo nuestro ser y así la rodeamos de las realidades simbólicas que complementan la gestualidad humana: nos sentamos, cantamos, nos ponemos en pie, introducimos el evangelio con una procesión, lo rodeamos de luz e incienso, lo besamos...

Hemos dicho que la Palabra forma parte de la acción litúrgica; esta celebra a la Palabra de Dios, Cristo mismo, autor de nuestra salvación. La acción litúrgica, que continua la encarnación del Verbo en cuanto es medio para actuar la salvación, obra de la misma manera.

En la historia de la salvación no hay separación entre lo que Dios dice y lo que hace... Igualmente, en la acción litúrgica estamos ante su Palabra que realiza lo que dice (VDo 53)

Es el llamado carácter performativo de la Palabra de Dios que expresa el modo de actuar de Dios en la historia. Que en la acción litúrgica esto se exprese es muy importante pues, como dice el Papa:

Cuando se educa al Pueblo de Dios a descubrir el carácter preformativo de la Palabra de Dios en la liturgia, se le ayuda también a percibir el actuar de Dios en la historia de la salvación y en la vida personal de cada miembro (VDo 53).

Por ello, la Palabra de Dios, afirma Benedicto XVI, recordando la doctrina ya expuesta por Juan Pablo II en la *Fides et ratio*²⁰, tiene un carácter sacramental:

La Palabra de Dios se hace perceptible a la fe mediante el «signo», como palabra y gesto humano. La fe, pues, reconoce el Verbo de Dios acogiendo los gestos y las palabras con las que Él mismo se nos presenta. El horizonte

¹⁷ Según la doctrina de Odo Casel, la Palabra de Dios proclamada en la liturgia anuncia el misterio de salvación que el mismo Dios realiza y la liturgia celebra, y el rito sacramental actualiza ese acontecimiento salvador en la vida de los que integran la asamblea celebrante (Cf. *Faites ceci en mémoire de moi* (Paris 1962), 43-44.

¹⁸ J. Aldazábal, *ibid.*, Pág. 445

¹⁹ Cf. J. Aldazábal, *ibid.*, Pág. 448-449: Celebrar la Palabra es algo más que escuchar, o aprender o estudiar: es atender, escuchar cultímicamente la Palabra de Dios, dejarle entrar en nuestras vidas, convertir la escucha en alabanza y súplica.

²⁰ Cf. Carta enc. *Fides et ratio* (14 septiembre 1998), 13: AAS 91 (1999), 16.

sacramental de la revelación indica, por tanto, la modalidad histórico salvífica con la cual el Verbo de Dios entra en el tiempo y en el espacio, convirtiéndose en interlocutor del hombre, que está llamado a acoger su don en la fe (VDo 56).

2.3 Liturgia eucarística

Desde la Liturgia de la Palabra podemos entender esta parte como una respuesta de fe. Comienza con la presentación o preparación de los dones que representan a la creación asumida por Cristo Redentor, la materialidad que es vehículo de la gracia. No es un gesto importante y no se debe de ampliar innecesariamente (S Ca 47).

El centro de la celebración es la plegaria eucarística. Distinguimos las partes que la componen²¹:

- 1º acción de gracias (prefacio) que culmina con la aclamación del *sanctus*, que centra nuestra atención en aquel que viene en el nombre del Señor (canto más importante)
- 2º epiclesis
- 3º relato de la institución y consagración
- 4º anámnesis o memorial
- 4º “ofertorio”, ofrenda u oblación y súplica por la unidad
- 6º las intercesiones
- 7º la doxología que cierra esta eucología mayor.

Es el centro y la cumbre de toda la celebración²², ella realiza la eucaristía y hace presente la fuerza vivificadora del Misterio Pascual de Cristo y nos deja su presencia en las especies eucarísticas, como resultado de toda la acción litúrgica.

Recordemos la doctrina de Pablo VI en la *Mysterium fidei*, recogida por la instrucción *Eucharisticum mysterium*: “Para una inteligencia más profunda del misterio de la Eucaristía los fieles deben ser instruidos acerca de los modos principales según los cuales el Señor mismo se hace presente a su Iglesia en las celebraciones litúrgicas. Siempre está presente en la asamblea de los fieles congregados en su nombre. Está presente también en su palabra, puesto que él mismo habla cuando se leen en la Iglesia las Sagradas Escrituras. Pero en el sacrificio eucarístico está presente, sea en la persona del ministro, «ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz», sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. En este sacramento, en efecto, de modo singular el Cristo total e íntegro, Dios y hombre, se halla presente sustancialmente y permanentemente. Esta presencia de Cristo bajo las especies se «se dice real no por exclusión, como si las otras no fueran reales, sino por excelencia»²³.

La plenitud de nuestra participación consiste en la recepción de la comunión. Los ritos que la preparan están encaminados a ayudarnos a comprender y aceptar con fe lo que la comunión significa y realiza en cada uno de los que la reciben: el padrenuestro, el rito de la paz, la profesión de fe en el cuerpo de Cristo, el canto, el silencio...

²¹ OGMR n° 79

²² S Ca, 48

²³ Eucharisticum Mysterium, n° 9.

III – VIVIR LA CARIDAD

En Jn 13, 1-5, el evangelista nos narra el lavatorio de los pies por parte de Jesús en la última Cena, y en 13, 34-35, el mandamiento nuevo. El amor no se puede desvincular de la eucaristía, pues se trata de amar como Cristo nos ha amado.

El contexto de este acontecimiento es también problemático, hay quien no se deja lavar los pies... entender al Señor e identificarse con él va contra nosotros mismos. Por cierto, ¿dónde está la toalla y la jofaina que usó Jesús en esa noche? Curiosamente parece ser que no hubo nunca mucho interés por hacerse con estas “reliquias”. Es significativo.

El cumplimiento del mandamiento nuevo, vivir en la caridad de Cristo hacia los hermanos es la prueba garantía de haber celebrado bien la eucaristía. De haber entendido la Historia de la Salvación y de seguir actuándolo según el querer de Cristo. Es la realización de la plenitud de la vida nueva en Cristo.

Quien celebra la eucaristía, el misterio de la fe, alcanza su identidad con Cristo y sus obras mostrarán esa unidad.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Antes que nada, necesitamos reconstruir nuestra propia identidad cristiana y ahondar en nuestra experiencia de fe mediante el contacto personal con Dios y el compromiso que brota desde Cristo a los hermanos. La celebración adecuada, de la Eucaristía como encuentro con Cristo resucitado, es el anuncio y la realización de la salvación y la vida que vienen de Dios. Conformarnos con esta vida es ser, como lo es Dios, para los demás.

La verdad de nuestra caridad es el signo de la verdad de la Eucaristía que celebramos.